

AMOR Y DESEO DE LA BELLEZA EN TOMÁS DE AQUINO

*Juan Carlos Mansur Garda**

RESUMEN: Este artículo destaca la visión de Tomás de Aquino del ser humano como alguien que está hecho para contemplar la belleza y que es movido a lo largo de su existencia por el amor y el deseo de contemplarla. La apreciación de la belleza, de su integridad, proporción y claridad, generan en el contemplador la vivencia de gozo, alegría y también le permiten ver una finalidad y orden en el universo, que comunica una experiencia de paz en el contemplador, quien inevitablemente incrementa su anhelo por encontrar la perfección y la belleza ideal, misma que no encontrará de forma plena en este mundo, pero que nos une como hermanos en la salida de un común amor al ideal con vistas a las grandes obras comunes.



LOVE AND DESIRE FOR BEAUTY IN THOMAS AQUINAS

ABSTRACT: This article highlights Thomas Aquinas' vision of the human being as someone who is made to contemplate beauty and who is moved throughout his existence by the love and desire to contemplate it. The appreciation of beauty, of its integrity, proportion and clarity, generates in the contemplator the experience of joy, happiness and also allows him to see a purpose and order in the universe, which communicates an experience of peace in the contemplator, who inevitably increases his longing to find perfection and ideal beauty, which he will not fully find in this world, but which unites us as brothers in the outflow of a common love of the ideal with a view to the great common works.

PALABRAS CLAVE: Amor, belleza, deseo, ideal, paz, perfección.

KEY WORDS: Beauty, desire, ideal, love, peace, perfection.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

RECEPCIÓN: 1 de diciembre de 2024.
APROBACIÓN: 12 de diciembre de 2024.
DOI: 10.5347/01856383.0151.000314182

AMOR Y DESEO DE LA BELLEZA EN TOMÁS DE AQUINO

Introducción

La conmemoración de los 800 años del nacimiento de Tomás de Aquino es un buen motivo para recordar algunos aspectos de su filosofía de la belleza y cómo su pensamiento nos invita a darle el lugar que le corresponde en nuestra vida cotidiana. Pocas veces los investigadores de la filosofía del arte y de la belleza reparamos en los beneficios y sentido de vida que aporta la belleza al ser humano para Tomás de Aquino, en parte quizás porque los estudios de la estética en torno a su pensamiento se centran más en explicar cuáles son los elementos que componen la belleza y se enfocan más en las discusiones que giran en torno a estos temas: la unidad, la proporción, la claridad, lo mismo que de las facultades intelectuales que intervienen en la contemplación de la belleza, así como de su carácter trascendental. El estudio de estos temas no debe dejar de lado otros aspectos de su estética que son los que muestran la concepción antropológica de Tomás de Aquino que habla del amor y deseo por lo bello, así como del alto valor que tiene la contemplación para el ser humano.

Amor y deseo por la belleza

En la visión del filósofo medieval el hombre ha sido hecho para contemplar la belleza, la cual se presenta al ser humano como un regalo especial, pues es la única creatura en el mundo que se deleita en la belleza,¹ lo cual se puede apreciar desde la manera como está constituido su cuerpo para contemplarla: es gracias a su postura erecta que puede dominar el paisaje y contemplar el cielo y la tierra. El propio diseño de sus ojos y oídos, afirma Tomás de Aquino, le permiten contemplar y disfrutar de los distintos matices del mundo, el paisaje visual y sonoro que le rodea y que le permite deleitarse de las hermosas figuras que hay en la tierra,² y es que para el filósofo dominico los seres humanos llevamos desde el nacimiento un deseo de belleza y de la perfección que solo se sacia con su contemplación. Esta necesidad de belleza parece como si fuera un llamado, una vocación, a la contemplación, que se manifiesta como un impulso, un deseo y amor por la belleza, por el mundo bello que solo se sacia cuando aprecia la belleza del mundo que le rodea y en última instancia cuando llegue a contemplar al creador de estas formas bellas. Tomás de Aquino nos invita a pensar en el ser humano como ese ser que sale al mundo para lograr su plenitud y perfeccionamiento a través del desarrollo de las potencialidades, del encuentro con el mundo y con los otros. La realización plena del ser humano se alcanza cuando logra saciar las necesidades más elevadas de acuerdo a su naturaleza, esto es, llevar a plenitud el amor que se logra en la posesión del bien, la verdad y la belleza del mundo y lo que le rodea, porque el ser humano se dirige a los seres que por existir tienen la característica de ser deseables.³

La explicación de esta necesidad tiene una envergadura teológica, pues Dios hace bello lo que ama y nuestra voluntad es determinada por las cualidades de las formas y las amamos porque descubrimos allí la

¹“Solus homo delectatur in ipsa pulchritudine sensibilium secundum seipsam / solo el hombre se deleita en la belleza del orden sensible por la belleza misma”. *S. Th.*, I, q. 91, a. 3, ad 3.

²Véase *In div. nom.*, 344.

³“In other words, every being is a thing, one, something, intelligible, and appetible”. *De ver.*, q. 1, a. 1, como lo enfatiza John Meinert en “Peace and the transcendentals: The case of Thomas Aquinas”, *European Journal for the Study of Thomas Aquinas* 37 (2019): 19.

belleza.⁴ Es esta belleza y bondad de las cosas las que despiertan el amor y el placer en su contemplación o posesión, de ahí la afirmación: “Una forma no es bella porque la amemos, sino que la amamos porque es bella”.⁵ En su visión antropológica afirma que existe un amor por lo verdadero, por el bien y un placer de contemplar, pues “todo placer supone conocimiento y amor”.⁶ Según Edgar de Bruyne, es desde la primera etapa del pensamiento de santo Tomás en que se nota la influencia del pensamiento de Alberto Magno, que se puede apreciar en esta visión, como por ejemplo en el *Comentario a las sentencias* (1254-1256), una obra donde, si bien se aprecia todavía el objetivismo en su disertación por la belleza, aparecen elementos en los que habla del deseo por lo bello. Lo bello en tanto que es un placer, colma un deseo, “la belleza y el bien son para todos los seres objeto de deseo y placer”⁷, esta apatencia o deseo por lo bello indica que lo bello trae un bien y una perfección al ser humano. “La belleza no tiene ninguna razón para ser deseable excepto en la medida en que lleva la razón del bien”⁸, afirma santo Tomás. El “progreso decisivo” en la estética de Tomás de Aquino se da según el propio comentador, con la aparición de la primera parte de la *Suma teológica*, pues en esta obra se aparta de la definición de la belleza en términos de ciertas cualidades del objeto y habla ahora en función de la conciencia que la desea y se deleita en ella. Ya no será únicamente la postura de san Alberto Magno, lo bello como el bien deseado en cuanto verdadero conocido, ahora será “lo verdadero contemplado en cuanto bien apreciado”⁹, de aquí *la necesidad de la aportación de la Suma teológica para redondear esta idea del deseo por lo bello*.¹⁰ Esto no debe hacernos olvidar que en todo momento reconoce santo Tomás que en el objeto hay razones objetivas para que gocemos

⁴ Véase *In div. nom.*, 398-399.

⁵ “Non enim ideo aliquid est pulchrum, quia nos illud amamus, sed quia est pulchrum et bonum, ideo amatur a nobis”. *Ibid.*, 439.

⁶ Edgar de Bruyne, *Estudios de estética medieval* (Madrid: Gredos, 1959), III, 300.

⁷ *De intelligentiis*, supra 253 ss.

⁸ “Pulchritudo non habet rationem appetibilis nisi in quantum induit rationem boni”. *I Sent.*, d. 31, 2, 1 ad 4m.

⁹ De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 297.

¹⁰ El propio Edgar de Bruyne afirma: “Sto. Tomás inaugura aquí una estética absolutamente nueva tomando de Alejandro de Hales un principio que los otros autores habían desdeñado.

al contemplarlo, no se trata de una estética subjetiva, cuanto de una estética donde se afirma la belleza en el objeto y una relación entre sujeto y objeto para contemplarla.

Santo Tomás de Aquino considera que este deseo y amor por las cosas está relacionado con el deleite por la perfección que en mayor o menor medida manifiestan las cosas contempladas y establece una relación entre el deleite de la belleza como una posesión de la perfección de la forma,¹¹ “cada cosa es bella en la medida en que posee el brillo espiritual o sensible propio de su especie y se encuentra constituido en las proporciones *que le convienen*”.¹² No hay que olvidar que “toda operación natural, incluyendo la de la inteligencia, se hace en vista de un fin y supone, por consiguiente, una inclinación, una tendencia, un amor”.¹³ En el caso de la contemplación de la belleza supone también un amor, pues la apropiación de la belleza “se acaba en un acto de gozo, que, en el orden del bien, *se deleita amorosamente* con la aprehensión del ser, juzgado como bello, no en cuanto formalmente bueno en sí, sino por ser deleitablemente contemplado por el espíritu”,¹⁴ por esto es que todo sujeto cognoscente, puede gozar de la belleza en la medida en que “aprehende por intuición, sea humana, sea intelectual, una forma cualquiera que posee los caracteres objetivos de lo bello, es decir, la integridad, la armonía y la claridad”.¹⁵ Recordemos que para que una forma sea bella se requieren tres caracteres: la integridad o perfección, la proporción conveniente o armonía y la claridad: “Ad pulchritudinem tria requiruntur. Primo quidem integritas, sive perfectio: quae enim diminuta sunt, hoc ipso turpia sunt. Et debita proportio, sive consonantia. Et iterum claritas: unde quae habent colorem nitidum, pulchra esse dicuntur”,¹⁶

Todos habían definido la belleza en función de ciertas cualidades del objeto: Sto Tomás la determina por relación a la conciencia”. *Ibid.*, 297.

¹¹ “La belleza y el bien son la misma cosa en el sujeto al que qualifican (*in subiecto*), porque se fundan sobre la misma realidad (*super eamdem rem*), esto es, sobre la forma del ser determinado. Y por esto ambos son objeto de alabanza o de aprecio”. De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 298.

¹² *Ibid.*, 295.

¹³ *Ibid.*, 300.

¹⁴ *Ibid.*, 297.

¹⁵ *Ibid.*, 312.

¹⁶ *S. Th.*, I, q. 39, a. 8.

una tesis que está ligada con la historia de la estética y recoge los elementos de la tradición grecolatina que antecede a santo Tomás y que desarrollará y aplicará a cada ser individual en las lecciones posteriores.

Veamos a continuación de forma breve algunas características de los tres elementos que componen lo bello para el filósofo medieval y que nos permiten comprender más a fondo por qué los seres humanos encontramos en la contemplación de la belleza del universo un sentido de vida, y por qué la belleza es cura y consuelo para los seres humanos.

Integridad

La belleza de los seres se debe a la integridad que poseen. Apreciamos la belleza de algo cuando vemos que goza de cierta integridad, es decir, cuando vemos que excluye mutilaciones y defectos, despreciamos y nos parecen feas las cosas a las que vemos que les falta alguna parte que le compete, las cosas que percibimos como incompletas. Desde el punto de vista metafísico, la belleza en cuanto íntegra supone que el ser ha alcanzado su plenitud, razón por la que la integridad como componente de la belleza se relaciona estrechamente con la nota de “perfección”. “Lo perfecto es aquello a lo cual nada le falta conforme al modo de su perfección”,¹⁷ o, como dice Lobato, “el sentido de la integridad se ultima en el pensamiento aquiniano con el recurso a la perfección. Es íntegro aquello que es perfecto. La perfección, por su parte, indica el término en la línea ascendente de la plenitud del ser”.¹⁸ Es interesante observar que esta idea de perfección está íntimamente ligada a la forma como se organiza el universo, pues se refiere a los aspectos esenciales de la cosa que debe tener conforme a su propia naturaleza. Como afirma Lobato, “en cuanto perfecto es aquello a que nada le falta de lo que debe tener por naturaleza”,¹⁹ no en el sentido de algo periférico y externo a su ser, sino que apunta a su interior,²⁰ la integridad apela a la naturaleza de los

¹⁷ *S. Th.*, I, 4, 1.

¹⁸ Abelardo Lobato, *Ser y belleza* (Barcelona: Herder, 1965), 90.

¹⁹ *Ibid.*, 87.

²⁰ *Ibid.*, 89.

seres, todo ser bello goza de una integridad que es participación de una común naturaleza y la realiza en su ser de un modo específico. Así como los seres humanos rechazamos y nos repugna todo lo que adolece de integridad y no alcanza a desarrollar su ser, de igual manera encuentra un particular goce y deleite en el mundo cuando contempla las formas bellas, porque su integridad y su perfección le despiertan una admiración y una satisfacción que le sacia y colma la mirada.

Proporción

Además de la integridad, las cosas nos resultan bellas porque son armónicas y bien proporcionadas. Esta es la segunda característica de la belleza: la proporción. Las cosas nos placen y nos parecen bellas cuando reconocemos en ella la proporción de sus partes que la integran y le dan unidad. No es difícil reconocer que los seres humanos despreciamos el caos y el desorden y nos sentimos atraídos y deseosos de encontrar armonía en nuestras vidas y en lo que nos rodea, esto es debido a nuestra necesidad y deseo humano por apreciar la armonía del universo. De manera general se puede decir que cosas proporcionadas son aquellas en las que sus partes coinciden armónicamente unas con otras y confieren unidad al ser. Las cosas que carecen de proporción o que no gozan de un acuerdo armónico, nos resultan desagradables, no sacian nuestro impulso por encontrar la armonía del mundo y de las cosas, mientras que la presencia de armonía y proporción sacia nuestro deseo de belleza y nos permite contemplar las formas proporcionadas. Sobre este punto hay que hacer notar que la Edad Media tenía matices mucho más delicados sobre la concepción de lo que es la proporción, de lo que lo tenemos en la época actual, como se puede ver en los distintos matices de la proporción que señala Tomás de Aquino,²¹ para quien la

²¹ Santo Tomás afirma: “Pulchrum in debita proportione consistit quia sensus delectatur in rebus debite proportionatis, sicut in sibi similibus” *S. Th.*, I, q. 5, a. 4, ad 1m. Por otro lado, afirma que el alma no proyecta su armonía en las cosas ni crea la belleza, tampoco se trata de un acto en que reciba de forma pasiva la armonía objetiva de la forma ni padece la belleza. “Reconoce más bien la armonía preestablecida entre la estructura del objeto y la del sujeto y se encuentra sumergida en un mundo completamente musical: es lo que constituye el placer estético”. De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 318.

proporción se encuentra, por ejemplo, en la relación teológica de la “*debita proportio*” entre modelo e imagen, también existe la *debita proportio* de la “*armonía universal*” regida por relaciones de dos tipos. Están también dentro de sus distinciones las proporciones intrínsecas a la estructura misma de las cosas que da origen a la clasificación de la proporción en tres categorías fundamentales: sustancia: “bello es lo diverso reducido a la unidad”; cualidad: “bello es lo semejante en lo desemejante” y cantidad: “bello es lo igual en cuanto armoniza partes desiguales”.²² También distingue una proporción bella entendida como armonía y concordia a nivel intelectual, no solo en objetos inanimados, sino también de los seres animados, como es el caso de la concordia de amistad.²³

Es interesante ver, dicho sea de paso, cómo la belleza en cuanto proporción y armonía está relacionada con la idea de la belleza con la finalidad, tema que permea toda la historia de la estética occidental, y que compete al orden universal de las sustancias, “*ad ordinem rerum*”, y que habla de la armonía del universo en su dinamismo. La relación entre belleza y finalidad la encontramos también en santo Tomás, por ejemplo, en los *Comentarios a los nombres divinos* donde expresa que todos los seres forman parte de un todo inmenso, cuyos elementos encajan unos en otros, como lo expresa de Bruyne, “para formar un todo armonioso, las partes deben, ante todo, ordenarse juntamente *hacia un mismo fin*, deben después adaptarse unas a otras y, finalmente, sostenerse mutuamente”,²⁴ lo que nos deja ver por qué el universo es una totalidad armónica y bella en tanto se ordenan conforme a una finalidad.

²² Las observaciones de la causalidad de lo bello, y su relación con la consonancia se pueden consultar en el *Comentario a los nombres divinos*, sobre todo en la Lección VI y VII, para este escrito empleamos la traducción de Alessandro Mine y la edición de Enrique Martínez y Lucas Prieto Navarra: EUNSA, 2023.

²³ “Propter bonum (et pulchrum) sunt omnia rationaium creaturam ‘concordiae’ quantum ad intellectum (concordant enim qui in eandem sententiam conveniunt), et ‘amicitiae’ quantum ad effectum, et ‘comuniones’ quantum ad actum vel ad quodcumque extrinsecum. Et universiter omnes creaturae quantumcumque unionem habent, habent ex virtute pulchri / Gracias al bien y la belleza surgen entre los seres dotados de razón todas las formas de concordia intelectual (puesto que la concordia nace del acuerdo de los espíritus en un mismo principio), todas las formas de amistad en la esfera de la afectividad y todas las formas de unión en el esfuerzo o en relación a un bien exterior. De un modo general, cualquiera que sea el género de comunidad que une a las criaturas, la unidad en el orden la tienen en virtud de la belleza”.

²⁴ De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 319, la cursiva es mía.

Nuevamente podemos resaltar por qué la contemplación de la belleza da gozo y alegría al ser humano, porque sacia el deseo de encontrar un sentido y una finalidad a lo que le rodea.

Claridad

El tercer elemento característico de la belleza es la claridad, las cosas bellas irradian luz y claridad. Esta claridad está relacionada para Tomás de Aquino con la forma de la cosa y la *dinamís* de su existencia que manifiesta el cumplimiento de su creación. La claridad en Tomás de Aquino designa una “cualidad formal” cuya percepción es la fuente del placer estético. “La claridad se relaciona con la *forma de ser*, que no es otra cosa que *el término del acto creador*”.²⁵ Esta claridad tiene un valor expresivo, pero más aún, tiene que ver con la forma del ser bello: “es expresiva del principio organizador que se llama la forma sustancial”.²⁶ La claridad como característica de la belleza guarda un valor especial en la búsqueda de saciar un deseo para el ser humano, porque la claridad

²⁵ *Ibid.*, 296.

²⁶ *Ibid.*, 322. ¿En qué sentido se entiende forma aquí? Según de Bruyne, debe ser entendida en el sentido aristotélico y no en el neoplatónico, y según de Bruyne es más realista y más simple que la de Ulrico de Estrasburgo: “Forma es lo que hace que un ser sea tal; gracias a la forma se constituye el individuo en una especie determinada, pero también y ante todo en su ser particular”. *Ibid.*, 323. Pero al ser la forma universal, ¿cómo es que hay un ser bello y otro de la misma especie que no lo sea?, la respuesta la da de Bruyne “No habiendo en el hombre más que una sola forma, la belleza derivará del resplandor del carácter esencial y permanente de la persona en su apariencia fugitiva. Este carácter esencial es una traducción más o menos perfecta de un ideal absolutamente individual que cada uno lleva en sí y que concreta de una manera particular el ideal de la humanidad”. *Ibid.*, 323. La problemática está señalada, ¿el ente individual es bello por la forma que es general, o es bello por sus accidentes que es algo demasiado singular? De Bruyne considera que es un intermedio de ambas, “la belleza según el tomismo oscila, pues, entre un realismo demasiado individual y el simbolismo demasiado general: surge exactamente allí donde el individuo aparece como el representante perfecto de la especie, lo sensible como reflejo del ideal y lo pasajero como la manifestación de lo esencial. Puro clasicismo.” *Ibid.*, 323. Esto puede vincularse a lo que menciona Cassirer sobre el tema de la belleza en Kant y va asociado a la idea de finalidad, por eso afirma de Bruyne: “Por una parte, la forma está individualizada y por consiguiente también la belleza”. *Ibid.*, 323. “*Alia est pulchritudo spiritus et alia corporis, aequae alia huius et illius corporis*”. *In div. nom.*, 362. La belleza corporal es el resultado de la armonía de los miembros y de los colores, pero difiere también de unos a otros, dice santo Tomás en *In Ps.*, 44, 2.

mira a la forma y esencia de las cosas, una idea que está emparentada a la “norma” de lo que las cosas deban ser, pues las figuras son bellas cuando convienen a la naturaleza de un ser, como por ejemplo un colorido será placentero cuando es como debe ser, cuándo son agradables las proporciones, cuando son decentes y como convienen. “Figura prout convenit naturae rei et color (debitus) pertinente ad pulchritudinem” dice santo Tomás,²⁷ lo que manifiesta que nuestro juicio por lo bello apela a una noción de esencia de lo que las cosas son o deberían ser, aquí es cuando aparece la idea de la claridad.

La claridad es la irradiación de la forma, pero esta irradiación no se explica más que en función de una norma ideal y general, algo que apela a la *quididad* de las cosas y a su finalidad. Sobre eso es necesario precisar que aún cuando no tengamos un conocimiento de la esencia de las cosas, las podemos apreciar como bellas, porque tenemos una noción vaga de lo que las cosas son, como lo explica de Bruyne: “Teniendo como tenemos, gracias al entendimiento, una cierta noción de la esencia o quididad de las cosas, una cierta idea de la naturaleza humana y, por consiguiente del *fin* que le conviene esencialmente, poseemos por ello, de una manera más o menos confusa, una norma para la belleza del hombre”.²⁸

Sobre esto hay que hacer notar que la reflexión sobre los tres elementos de la belleza que hemos expuesto coinciden, de alguna manera, en que la belleza apunta siempre a un ideal de perfección al que están orientados los seres, lo que habla de una *dinamís* y finalidad que mueve la naturaleza. Al ser esto así, entonces lo bello se refiere también de alguna manera al bien y su perfección. Como expresa de Bruyne: “Volvemos a encontrar aquí un principio fundamental: la belleza presupone el bien y si es formalmente la bondad y el placer de la contemplación, está condicionada materialmente por la intuición de lo *perfecto* [...] la perfección, es decir, la consecución del fin bajo todas sus formas es considerada en función de todas las aspiraciones, tendencias y fuerzas naturales”,²⁹ es decir, a un *ideal de perfección* de belleza, que en la

²⁷ También dice “decens proportio, conveniens, dispositivo”. *In div. nom.*, c. 4, lect. 5 y *S. Th.*, I-II, q. 49, a. 2, ad. 1m; q. 55, a. 2, ad 1m; II-II, q. 145, a. 2c y q. 180, a. 2, ad 3m.

²⁸ De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 323-324.

²⁹ *Ibid.*, 316.

filosofía escolástica es explicado en virtud de la doctrina de la participación. “El proceso natural de participación y, por tanto, el proceso cognoscitivo en nosotros, está ordenado hacia un modelo ideal o ejemplar, patrón conforme al cual se juzga la perfección de cada uno”,³⁰ y que nunca podrá realizarse de forma plena, antes bien, “se tiende a él sin alcanzarlo del todo”. El hecho de hablar de un ideal inalcanzable de la perfección no debe, empero, hacernos pensar que no existe la belleza en este mundo, más aún las cosas serán más bellas en la medida en que estén más acorde con ese modelo ideal. De igual manera, los elementos de integridad, proporción y claridad de la belleza están presentes de forma analógica en los seres, en cada uno de forma en parte igual y en parte distinta. Recordemos que, para Tomás de Aquino, “todo ser participa de la perfección, desde que existe, todo ser es más o menos bello en la medida en que es capaz de perfección y está orientado a ella”.³¹ De alguna manera todo ser por existir goza de algún grado de belleza, la integridad, proporción y claridad no falta en ningún ser, y aparecen en grados diversos en las cosas porque son participación del ideal de perfección que procede de su Creador. El propio De Bruyne amplía el término de “consonancia” hacia la cual tienden las cosas en camino a la perfección, y la define de la siguiente manera: “La consonancia se define primeramente en función del universo: se realiza ante todo en el mundo que Dios llama a sí, es decir, a la unidad suprema”.³²

104

La belleza como lugar de paz

Para retomar el tema que movió a la reflexión de este escrito, recapitulemos y recordemos que Tomás de Aquino ve al ser humano como una creatura que ha sido hecha para contemplar la belleza, su propio organismo ha sido dispuesto para contemplarla, su condición humana le permite la alabanza a la belleza de las estrellas, que son bellas por su forma y su tamaño.³³ Este deseo le invita a salir a buscar la belleza en

³⁰ Lobato, *Ser y belleza*, 89.

³¹ De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 316.

³² *Ibid.*, 296.

³³ “Pulchritudo stellarum quae est per claritatem, figuram et quantitatem”. *In div. nom.*, 344.

el mundo que le rodea, y disfrutar y verse saciado cuando la encuentra y gusta de la belleza porque se deleita con la integridad y proporción armónica de las cosas, porque le gusta y admira ver a las cosas y cómo irradian su ser y existencia, se maravilla cuando contempla el universo en su perfección y en el cumplimiento de su finalidad, pero más allá de eso, santo Tomás reconoce que la belleza da paz al ser humano, “amamos la luz y la belleza, la verdad y la paz en cuanto participan del bien”.³⁴

La contemplación de la belleza se logra porque en el ser humano hay una “conciencia contemplativa”, en palabras de De Bruyne, que es característica del ser humano y que le permite apreciar la belleza y contemplar las cosas en su perfección, pero su presencia requiere de ejercitar esta conciencia contemplativa, “es preciso, para que aparezca la belleza que el hombre cese de desear el bien práctico o biológico y se entregue totalmente a los deleites de la contemplación de la armonía pura”.³⁵

En este ejercicio contemplativo aflora en el ser humano el gozo,³⁶ la alegría, “bellas son las cosas cuya vista nos llena de alegría”,³⁷ pero aún más, su presencia trae el “aquietamiento pacífico del deseo”, una característica similar al placer que también comunica el bien.³⁸ La belleza nos da paz.³⁹ Tomás de Aquino emplea el término paz en dos sentidos,

³⁴ “Quaecumque de se important appetibilis rationem, ad rationem boni pertinere videntur; huiusmodi autem sunt lumen et pulchrum. Bonum autem est proprium obiectum amoris”. De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 294.

³⁵ *Ibid.*, 313.

³⁶ “Es, pues, evidente que la belleza añade algo al bien: un cierto respeto a la conciencia contemplativa. Mientras el bien se dice de aquello que simplemente complace al apetito de lo real, la belleza se dirá de aquello cuya captación intuitiva, sin más y en sí misma es fuente de gozo”. *Ibid.*, 299.

³⁷ *Ibid.*, 301.

³⁸ En el caso del bien y de la verdad, el gozo es accesorio. ¿Por qué la belleza no es el bien ni lo verdadero? Porque el bien deleita por el perfeccionamiento que nos proporciona, y lo verdadero por la adecuación de nuestro juicio con las cosas. En cambio, la belleza por razón de la simple aprehensión de la forma misma. El placer del bien y el de la belleza es el mismo, es idéntico ¿Qué clase de placer comunica? “un aquietamiento pacífico del deseo, que presupone el alejamiento de todos los obstáculos que se opongan a su posesión”. *Ibid.*, 294.

³⁹ “Praeterea, natura determinata est ad unum. Si ergo res naturaliter appetunt bonum, non deberent aliquod bonum aliud naturaliter appetere. Sed naturaliter omnia appetunt pacem, ut patet per Augustinum, XIX De Civitate Dei, et per Dionysium, XII cap. de divinis nominibus; et iterum pulchrum omnia appetunt, ut etiam per Dionysium patet, IV cap. de divinis nominibus. Ergo non omnia appetunt bonum naturaliter”. *De ver.*, q. 22, a. 1, ad 12m.

en el primero sigue la línea agustiniana de paz como “tranquilidad del orden”, y la segunda la paz entendida como unión y como quietud o descanso.⁴⁰ La belleza, entonces está en concordancia con el sentido de paz, esto es así porque, como se ha visto, la belleza muestra la integridad, la proporción y claridad de las cosas; en suma, porque expresan la perfección y orden de su ser y del universo, y la paz es para Tomás de Aquino la ausencia de conflicto exterior o interior, así como el descanso del deseo,⁴¹ y las formas bellas muestran acuerdo y ausencia de conflicto en su ser, motivo por el que descansamos y nos regocijamos en su contemplación, porque sacia nuestro deseo de orden, y de armonía.

Podría pensarse, no obstante, que, si la belleza nunca alcanza a encarnarse, no hay forma de alcanzar la paz en esta tierra, en parte esta afirmación es cierta: la paz absoluta no se alcanzará en este mundo, sin embargo, la relación entre belleza y el ideal merece una reflexión un poco más detenida. Por un lado, recordar que las formas bellas son bellezas reales, pero bellezas participadas, por tanto, nunca lograrán encarnar la perfección en ellas. Por otro lado, invitar a la reflexión a que nos mueve santo Tomás, a saber, el valor del ideal de la belleza, pues el ideal inalcanzable no es, sin embargo, algo que deba ser visto de forma negativa, por el contrario, tiene aspectos positivos para los seres humanos como humanidad en general, a saber, la universalidad a la que aspiramos en lo bello. De Bruyne habla de la función social y comunitaria de la belleza para santo Tomás. “El orden estético” tiene una virtud: que la verdadera belleza hace a los hombres unánimes en la admiración. Esta belleza une como hermanos en la recíproca simpatía, “salida de un común amor al ideal”, y reúne a los seres humanos en un conjunto con vistas a la acción que no sería otra cosa más que con vistas a las grandes obras comunes. “Es el efecto social que la belleza produce en las conciencias. Donde quiera se observen estos efectos, se puede estar seguro de que alguna belleza está activamente presente”.⁴²

⁴⁰ “Two of Aquinas’ descriptions of peace are at the heart of his thought. The first draws from Augustine: ‘tranquility of order’. Many of the other descriptions found throughout his corpus can be reduced to this description of peace. Second, Aquinas claims union (*unio*) and rest (*quietudine*) are of the very essence (*ratio*) of peace”. Meinert, “Peace and the transcendentals: The case of Thomas Aquinas”, 19-20.

⁴¹ *Ibid.*, 23.

⁴² De Bruyne, *Estudios de estética medieval*, 320.